

quizás en las particulares aventuras que se encaran: la batalla contra el hielo en medio de los Andes, la asombrosa misión de caballero audaz, el héroe de los sin voz y sin patria, la insospechada alegría del primer árbol de naranja, la mirada atenta del último de sus descendientes.

Desde Constantinopla a Palmilla, desde el barco, el tren o las inmensas caminatas, Littin conduce a su personaje por diversas historias e indagaciones personales. La aventura, la fugaz alegría, la tristeza, unas viejas cartas y algunos objetos perdidos en el infinito mundo de la melancolía, son las mudanzas que permiten al autor chileno hacer su recorrido por la existencia de su personaje. Kukumenides desconocía todo el placer y el dolor que sería su existencia y, sin pretenderlo, echó raíces en Chile y tejió así la historia de toda una comunidad. El destino terminó imponiéndosele a fuerza de cruzarse en su camino, como aquella tarde en que antes de abandonar Palmilla para siempre se le apareció el amor y lo dejó anclado hasta el día de su muerte.

Littin expresa, a través de su personaje, el arrollador paso de los años, el inevitable final de vidas y acontecimientos, sugiriéndonos historias por reconstruir y transportándonos a un mirar atento de la complejidad humana. Algunas escenas, escenarios y personajes pueden llevarnos a establecer cierta semejanza

con la narrativa de García Márquez, sólo que en el caso de Littin encontramos situaciones que carecen de coherencia; historias como las del Zarzo, por ejemplo, nos llevan a cuestionarnos si lo suyo no es acaso una superficial interpretación del realismo mágico. Es difícil no traer a la memoria la figura de Aureliano Buendía cada vez que en Palmilla alguien funde unas figuritas de plomo o a pensar en Macondo cuando los gitanos aparecen difundiendo sus conocimientos astrológicos o sus artes amatorias, igual sucede con la presencia de la señora que levita o del que decidió encerrarse a esperar la muerte. De esta manera, Palmilla intenta, sin lograrlo, ser una prolongación de la magia que inaugura Macondo en *Cien años de soledad*.

Cristos no pudo detener el tiempo, pero quizá las flores blancas que mandó sembrar sirvan para espantar el olvido, quizá su aroma ayude a reconstruir la memoria para evitar caer en el desencanto cruel de la indiferencia. Ahora sólo queda el gramófono de aquel que un día soñó con ser poeta y creó sin saberlo una estirpe viajera de peripecias, leyendas, encanto y soledad.

Myriam Jiménez Quenguan

Albricias: la novela chilena del fin de siglo, Verónica Cortínez, *Cuarto propio*, Santiago de Chile, 2000.

Uno de los fenómenos más característicos de la evolución de la literatura hispanoamericana en las últimas décadas del siglo XX, ha sido el proceso de regionalización de algunas literaturas nacionales y, dentro de éstas, de algunos géneros. Hasta los años ochenta, apenas algunas literaturas nacionales (en la medida en que se pueda hablar de discursos nacionales en Hispanoamérica) como la argentina o la mexicana habían dado muestras de poder ser autosuficientes, de no necesitar la internacionalización de sus productos para dar salida a los mismos dentro de un mercado local. A partir de esta fecha, varios países más se suman a este mecanismo, destacando entre ellos la pujante nueva narrativa chilena, que se desarrollará sobre todo después de la democratización del país. Narradores jóvenes como Gonzalo Contreras, Carlos Franz, Alberto Fuguet, Arturo Fontaine, José Leandro Urbina, Darío Osés, Carlos Cerda, Jaime Collyer, Elena Castedo, Marcela Serrano, Diamela Eltit, etc., etc., han deshecho en las dos últimas décadas el mito que caracterizaba a la tradición literaria chilena como una tradición fundamentalmente poética.

En torno a este hecho se centra el libro que comentamos de la profe-

sora de la Universidad de California Los Ángeles, Verónica Cortínez, quien intenta desentrañar el fenómeno a partir del análisis que ejecutan distintos especialistas cualificados, pero también del testimonio de los propios autores protagonistas. La labor de la autora, ciertamente ha ido mucho más allá de la simple edición, de la mecánica recolección de los trabajos de un congreso, porque en realidad el libro es el desarrollo de una idea de la autora, sin cuya labor y cuya perseverancia nunca podría haberse completado, tal y como agradecen algunos autores en sus artículos, y, sobre todo, de manera tan coherente. Efectivamente, una de las aportaciones más interesantes del libro es la muy significativa entrevista entre la autora y varios de los narradores estudiados (Jaime Collyer, Darío Osés, Carlos Cerda, Carlos Franz y Gonzalo Contreras), la otra, la de encarar sendos artículos epilogales a un economista, «Una devoción salvadora: las letras y el mercado» por Sebastián Edwards, y a un especialista no chileno, «Chile en las antípodas de la ficción latinoamericana» por Roberto Ignacio Díaz. En esta confección, que se completa con un prólogo de uno de los narradores chilenos más importantes de la segunda mitad del siglo XX, Jorge Edwards, y dos artículos introductorios firmados de por dos de las personalidades literarias más prestigiadas también en los últimos años, Fernando Alegría y Antonio

Skármeta, se advierte la formación comparatista de la autora, discípula en Harvard de Claudio Guillén, comparatismo que en este caso no se limita a una única disciplina.

El núcleo central del libro lo constituyen trece artículos firmados por Juan Armando Epple, Rodrigo Cánovas, Verónica Cortínez, José Leandro Urbina, Soledad Bianchi, Guillermo Gotschlich, Liliana Trevizán, M^a Luisa Fischer, Roberto Castillo Sandoval, Laura Janina Hosiasson, Raúl Zurita, Raquel Olea y Roberto Hozven, y se completa el volumen con otro artículo epilodal, completamente innecesario, de Willy Thayer titulado «Publicaciones sin obra» cuyas intenciones críticas se diluyen en un desconstruccionismo estéril. Apenas es el único borrón de esta obra, amén de algunas erratas ortográficas que la editorial debería evitar. Los demás son aciertos, que no es poco en los tiempos de improvisación científica y desaliño editorial que nos ha tocado padecer.

En el libro se abordan varias cuestiones que parecen preocupaciones centrales de los escritores hispanoamericanos, y sobre todo de los narradores chilenos actuales. De una parte, qué débitos son los que tiene esta literatura con un pasado histórico reciente difícil y tenebroso, o bien con otras tradiciones narrativas foráneas, en la medida en que la chilena es prácticamente inexistente. Cómo se articula el proce-

so de «normalización cultural» en Chile, bien como una recuperación de la memoria histórica que la dictadura intentó arrebatarse, o bien como una invitación al olvido, al punto y final, a reinventar tanto la tradición como la historia. Qué sentido tienen los fenómenos de masas, sobre todo la literatura de ciertas escritoras muy mayoritarias, cuyo éxito está de cualquier modo inmerso en un desarrollo extraordinario del mercado literario, hasta ahora inédito en este país, etc., etc.

Como señala Raúl Zurita, «si vivimos en un país que cada día se parece más a una ficción –o a una parodia– le corresponde entonces a la literatura recuperar la vida». Puede ser, pero lo cierto es que Chile está consiguiendo una estabilidad económica ciertamente superior a la del resto de sus vecinos latinoamericanos y no parece estar sufriendo demasiado las recientes crisis que han azotado a América Latina. Aunque no compartamos los argumentos dinamizadores e internacionalistas respecto a la cultura que Sebastián Edwards atribuye al neoliberalismo económico, sí es cierto que Chile como economía nacional parece estar levantando la cabeza. Quizá este repentino auge de la narrativa y del mercado de la literatura esté dando fe de ese fenómeno y quiera sentar las bases para una cultura definitivamente normalizada.

Álvaro Salvador

La danza de la realidad, Alejandro Jodorowsky, Siruela, Madrid, 2001, 437 pp.

Esta «autobiografía imaginaria», no en el sentido de «ficticia», pues todo lo que en ella se cuenta es verdadero, arranca del hecho fundamental de que la historia profunda de la vida de este judío errante –abandona Chile para ir a París con el fin de vivir a fondo la idea de que «el poeta debe ser un árbol que convierte sus ramas en raíces celestes»– es un esfuerzo constante por expandir la imaginación y ampliar sus límites con el fin de poder aprehenderla en su potencial «terapéutico y transformador».

Es éste, lo mismo que su artífice el escritor chileno Alejandro Jodorowsky, un texto peculiar. Creador inclasificable, igual que la mayoría de sus puestas en escena, y polifacético: dramaturgo, novelista, guionista de comics, marionetista, fundador del teatro Pánico en los 60 con Arrabal y Topor, dibujante, director de cine, actor, cabalista, tarotista, poeta e inventor de la psicomagia y el psichamanismo. Influido por la magia popular, el chamanismo, Freud, Jung, Moebius, Nicanor Parra, el surrealismo (fue amigo de Breton), Gurdjieff, Bachelard, Ichazo, la filosofía zen, Carlos Castañeda, el curanderismo, la alquimia, la brujería, el animismo y la cábala. Tendencias tan dispares han dado como resultado una personalidad paradójica y excesiva.

La danza de la realidad describe el proceso de configuración de una nueva vida al margen de todo lo impuesto. Es la historia de una elección personal: la de Jodorowsky decide en un momento determinado de su existencia. De las páginas de este libro va emergiendo un Alejandro Jodorowsky resucitado que va construyéndose una nueva identidad. El escritor parte de la certidumbre de que la vida es imprevisible y de que nada sucede por casualidad. Profundizando en esta agobiante realidad, en esta «permanente impermanencia», el autor llega a la convicción de que la realidad «es una construcción mental», de que todo tiene vida, de que «lo que él creía inanimado era una entidad más lenta, que lo que creía visible era una entidad más rápida» y de que de la realidad sólo percibimos una ínfima parte.

A partir de esta afirmación Jodorowsky, ante las dos alternativas que le ofrece el mundo –convertirse «en un asesino de sueños», o «encerrarse en su mente transformándola en fortaleza»– opta por la segunda. Será en el teatro en donde encuentre la dimensión terapéutica. Convencido de que la finalidad del arte sólo tiene sentido si sana y libera, encaminará todos sus esfuerzos para conseguir este objetivo.

Esta autobiografía parcial, el autor se centra en el descubrimiento de la psicomagia gracias al contacto con los machis mapuches de Chile, se configura como un texto asom-